

UN "BESO COCTEL"



Los Kennedy han dado un nuevo esplendor a la vida social de Washington. Dos o tres veces por semana reciben a sus invitados. A las recepciones asisten los diplomáticos más influyentes, los artistas, los escritores y los hombres de empresa más relevantes de los Estados Unidos.

PARA JACQUELINE

Por JOSE LUIS MARTINEZ - REDONDO

MILLONES de norteamericanos lo vieron en la pantalla de su televisor. En un concierto, Leonard Bernstein besó en las mejillas a Jacqueline Kennedy. El compositor acababa de obtener un éxito excepcional y quiso agradecer de este modo a la «first lady» sus elogios. Ella no hizo el menor ademán. Se dejó besar espontáneamente, admitiendo como algo lógico esta expresión de simpatía del músico. Lo vieron millones, porque las estadísticas cuentan que un buen programa de televisión, un espectacular programa, es visto por millones de espectadores en los Estados Unidos. Aunque cabe pensar que la retransmisión de un concierto serio no tenga tantos partidarios en el país como las películas de Perry Mason o una exhibición del último ritmo —esto ocurre en todas partes—, la presencia de «Jackie» en la pantalla atrae la atención del más indolente. Porque se podrá estar o no a favor de la esposa de John Kennedy, pero dudo que haya un norteamericano al que le resulte indiferente contemplarla.

A lo que íbamos: el «beso-cóctel» de Bernstein ha dado mucho que hablar a las enemigas de la señora Kennedy y por tanto ha sido aprovechado por los enemigos del Presidente con vistas a la ya cercana lucha electoral. Se ha dicho —y se ha escrito en algún lado— que una primera dama de un país no puede dejarse saludar en público de esa forma. Que ella debió indicar de algún modo al compositor que «aquello» rompía todas las normas de protocolo, incluso en un país tan democratizado en sus formas de convivencia como los Estados Unidos. Los rivales de Kennedy se han movido hábilmen-



El Presidente Kennedy y su esposa reciben en la puerta principal de la Casa Blanca a dos huéspedes ilustres: el Sha de Persia y la Emperatriz Farah Diba.

JACQUELINE

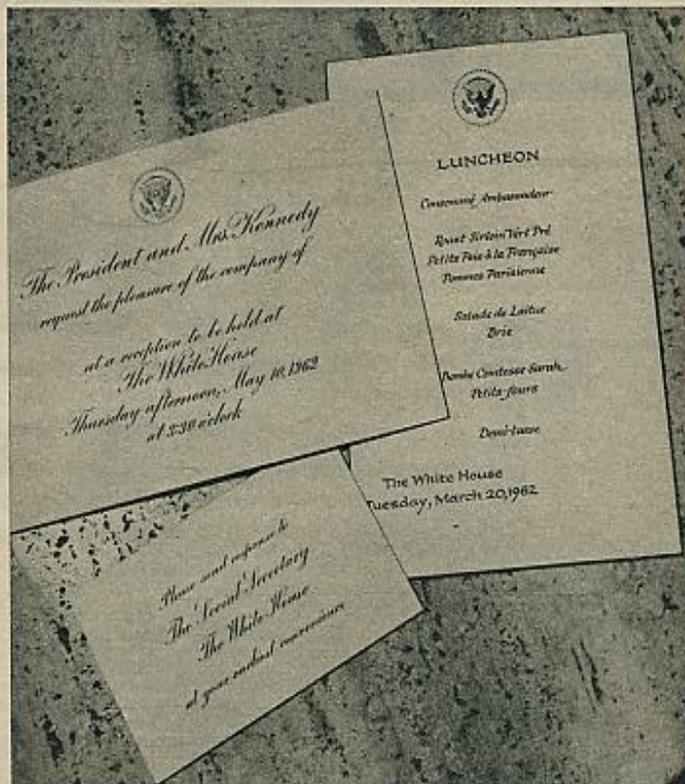


Washington vive una época dorada en sus relaciones sociales. Las invitaciones del Presidente reúnen en la Casa Blanca una élite imprescindible en la máquina política.

te, aprovechando la ocasión. Puritanas damas que no acaban de aceptar la «nueva frontera» que ha puesto en tantas cosas la esposa del Presidente, son utilizadas

por menos puritanos señores muy interesados en desprestigiar el apellido Kennedy. Pero la verdad es que el revuelo sobre el «beso-cóctel» —explicado pacientemente

Cuando los Kennedy trasladaron su residencia a la Casa Blanca, Jacqueline decidió llevar a cabo un proyecto de restauración, asesorada por expertos en cuestiones históricas y artísticas. Al culminarlo, decidió filmar una «Visita» a la residencia, como explica al locutor de la TV Charles Collingwood.



incluso por el jefe del Departamento de Prensa de la Casa Blanca— es una ingenua intencionada de minar la buena labor de «public relations» de Jacqueline, apoyada

por el Presidente, que encuentra en ella el mejor auxiliar para su política de «puerta abierta» de la Casa Blanca.

En Washington han cambiado

La emisión televisada en la residencia presidencial terminó con la llegada de Kennedy, que expresó su apoyo a la obra de restauración emprendida por su esposa. «Creo —dijo— que el gran esfuerzo realizado por ella nos ha llevado a un contacto mucho más íntimo con todos los hombres que aquí vivieron.»





Este es un ángulo del «salón rojo» de la Casa Blanca. Se supone que ese sofá «imperio» perteneció a una antigua primera dama norteamericana, la dinámica Dolley Madison. El cuadro —«Maniobras de la guerra civil», de Thompson— es la primera de todas las obras adquiridas por la Comisión Especial de Cuadros para la Casa Blanca.

Antes de la ceremonia del descubrimiento de «Monna Lisa» en la Galería Nacional de Arte, Jacqueline Kennedy asistió a una fiesta dada, con motivo de la exhibición del famoso cuadro, en la Embajada francesa. Aquí la vemos entrando en la residencia acompañada de la señora Herve Alphand.



mucho las cosas. Los Kennedy saben infundir un atractivo especial a las relaciones sociales y a la vida diplomática de la capital. Desde que están en el poder no sólo ha cambiado la orientación política de Washington, lo cual es lógico, sino que han dado un esplendor desconocido a las recepciones de la Casa Blanca. Dos o tres veces por semana hay banquete o cóctel en los que están presentes las figuras más relevantes de la nación. En muchas casas de Washington se espera con impaciencia esa invitación en la que el Presidente y Señora ruegan que se les otorgue «el placer de su compañía». «Request the pleasure of your company», dicen las invitaciones. Y ya se sabe que el recibir esa llamada supone compartir el ambiente fastuoso de la

mansión presidencial con cincuenta o cien o ciento cincuenta invitados más, entre los que de seguro se hallarán los diplomáticos más influyentes, los hombres-clave de las grandes empresas norteamericanas, los escritores de más peso en la vida intelectual de la nación, los artistas de más prestigio. Jacqueline Kennedy y su marido se ocupan de que la estancia en su residencia no se olvide fácilmente.

Para los que asisten por primera vez a una de estas recepciones ya habituales, el matrimonio Kennedy como anfitrión tiene un atractivo inusitado, al que contribuye tanto el ambiente renovado que ha sabido crearse en torno, como los primores de una cocina dirigida con «sabiduría» europea por el francés —37 años— René Verdon. Cuando a las ocho de la



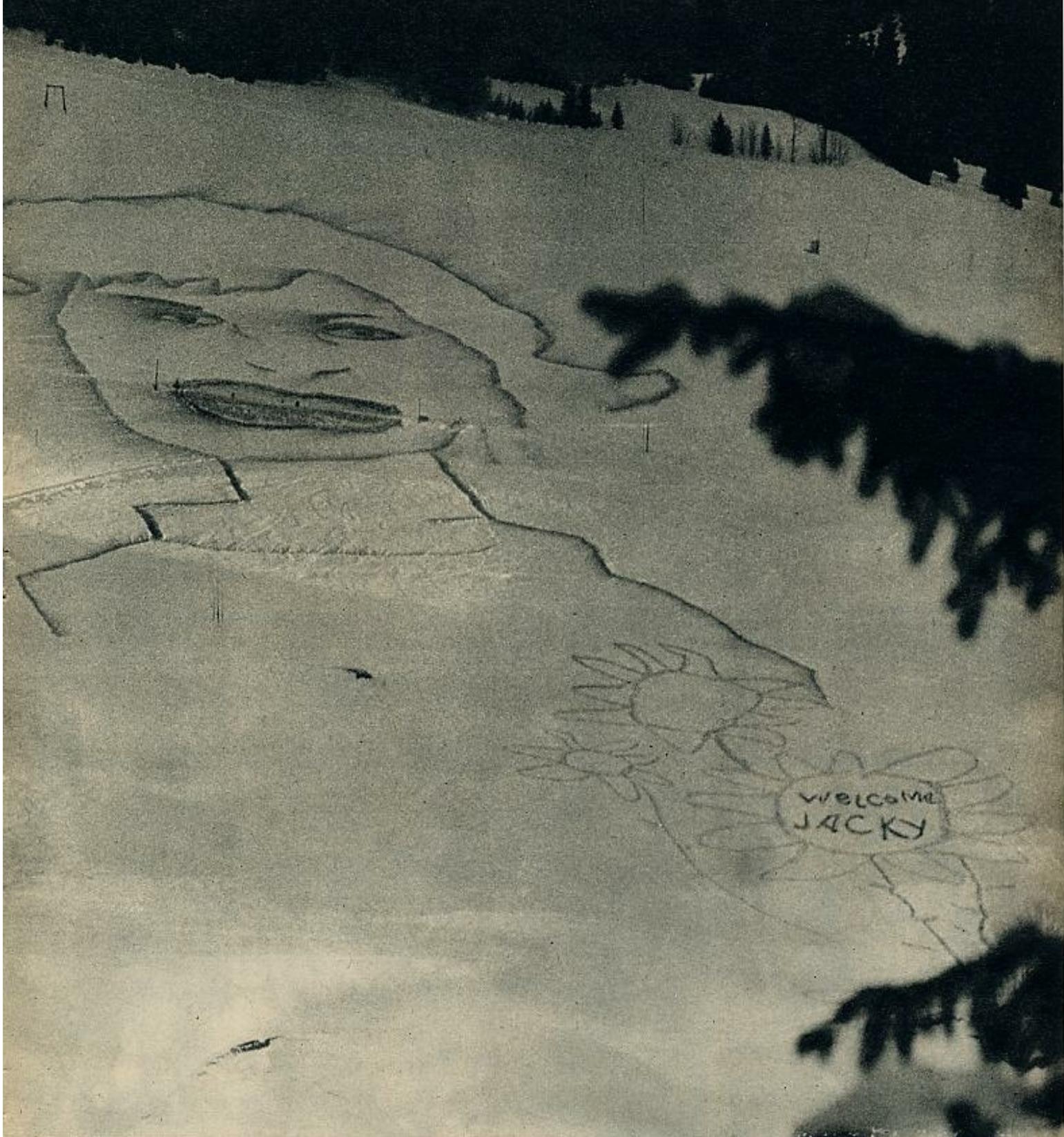
Esta foto es un plano que han podido ver millones de espectadores de la televisión norteamericana. Jacqueline inicia su relato histórico sobre la residencia. Recordó algunos detalles divertidos que surgieron en sus indagaciones, cuando decidió enterarse personalmente de cuanto contenía la que iba a ser su casa.

noche aparecen en la escalera del gran salón, el Presidente, su esposa y los invitados de honor, la Marine Band funde su suave melodía «de espera» con los compases del «Hail to the chief» y los «otros» comensales piensan que esta «Corte» de los Kennedy sólo puede ser parangonada a la de Luis XIV. La paradoja tiene su gracia.

Jacqueline ha tomado muy en serio su papel de esposa del Presidente. Como sus criterios coinciden con los de su marido, no tiene ningún problema de puertas adentro. Esto le ha decidido a llevar hasta el fin sus propósitos iniciados con aquel «lavado de cara» que le hizo, con los debidos asesoramientos, al interior de la Casa Blanca, nada más trasladar allí su residencia. Con un respeto absoluto a la tradición y guiada de sus conocimientos artísticos, la



Jacqueline Kennedy se ocupa personalmente de sus más importantes asuntos. Sólo aquellas cosas que ella no puede resolver las pone en manos de sus secretarías.



El Presidente de los Estados Unidos ha convertido a su mujer en uno de los personajes insustituibles dentro de su política de «relaciones públicas». En los dos años que llevan en la Casa Blanca, ella ha emprendido varios viajes por el mundo que en el ámbito popular han conseguido para su país muchas más adhesiones que las obtenidas por los diplomáticos. Sus vacaciones son seguidas siempre por una legión de reporteros. Ahora, en Megève, la gran estación francesa de deportes invernales, al anunciarse la llegada de Jacqueline Kennedy para varios días, se ha diseñado sobre la nieve una gigantesca efigie suya, al pie de la cual puede leerse un «Welcome Jacky».

señora Kennedy emprendió su proyecto de restauración, que todo el país pudo seguir por la TV en un programa titulado «Visita a la Casa Blanca». Los norteamericanos conocen hoy así, tan bien como esos pocos «elegidos» que dan brillantez a las recepciones

de los Kennedy, hasta el último rincón de la residencia de la avenida Pennsylvania. Jacqueline ha hecho el «milagro». Este y otros que le hacen aparecer a los ojos de mucha gente como algo más que una figura decorativa. La Kennedy no es sólo una mujer

que —guste o no guste— ha impuesto «su» moda, «su» peinado, «su» aire a otras mujeres. No es sólo una sonrisa. No es sólo una feñlla atractiva aupada a la popularidad por las circunstancias políticas de su país: Jacqueline es una mujer útil y lo habría sido,

sin duda, en la oscuridad si John F. Kennedy no fuera el Presidente de los Estados Unidos y se tratara tan sólo de un «Juan Nadie».

**(Fotos Zardoya,
Camera Press
y Archivo)**